

carecen de ideas y de honestas ambiciones : inmensas odres, infladas y vacías, no resisten al menor lancetazo de la crítica histórica... ! Y es Altamira, un escritor y pensador de su fuste, quien también se inclina ante el fin brutal y se prosterna ante cualquier « buey Apis » que los vaivenes de la maga fortuna hayan tenido el capricho de colocar un instante en alto, oyéndose incontinenti el clamoreo de esta tristísima majada de Panurgo que, inconsciente, se lanza tras el primero que se arroja de bruces ante cualquier nuevo ídolo de pacotilla ! No. Esa enseñanza no puede prosperar. A quedar señor del campo con victoria semejante, todo hombre que se estima ha de preferir retirarse del torneo.

Desde luego, por cierto, hay que excluir totalmente de estas consideraciones á los temperamentos que se diría en especial nacidos para una misión dada. Son esos los hombres que sobrepujan y tienen debajo de sí los demás ; son los que infaliblemente superan : es Napolón I, quien, de la nada, llega á todo ; es Bismarck, el cual acomete una alta empresa y le da fin, malgrado todos los obstáculos. Bien. Esas son las excepciones : constituyen « los héroes y su culto », cuyo sumo sacerdote fué el enigmático Carlyle. Pero ni ellos forman la masa de las gentes, ni los libros se escriben exclusivamente para ellos : entonces ¿ puede acaso medirse á la generalidad con el mismo cartabón que á las excepciones ? ¿ debe, por ventura, predicarse al común de los mortales lo que constituye el breviario de quienes sobresalen ? Esta es la cuestión. De contestarla afirmativamente, habrá que convenir en que es menester